

LA REVOLUCIÓN

Directores: { MANUEL MORA VALVERDE
RICARDO COTO CONDE

SEMANARIO DEMÓCRATA

APARTADO No. 1386
Número suelto 10 cts

Año I

San José, Costa Rica, Sábado 29 de Marzo de 1930

No. 3

Una carta de don Gerardo Matamoros

Señores Directores de "La Revolución"

Muy señores míos:

Muy buena impresión me ha dejado la lectura de los dos primeros números de "La Revolución"; y así tenía que ser, porque yo nací rebelde y sigo siéndolo, bajo la arraigada convicción de que llegaré al borde de la tumba sin que una sola claudicación se haya engarzado en la trayectoria de mi vida. Un periódico de esta índole, era ya una necesidad entre nosotros y aunque es muy ardua la empresa de hacerla vivir, conducida sobre los hombros de elementos jóvenes podemos ilusionarnos de que será una realidad, porque la juventud es valor, es nobleza y es altruismo.

He sabido, que es la intención de ustedes agrandar el tamaño del periódico, y yo me permito aconsejarles que se preocupen de aumentar, todo lo que puedan, su circulación, que tiren miles, muchos miles de ejemplares con el formato así chiquito, lleno de artículos cortos de estilo muy sencillo y claro para que puedan ser no sólo leídos, sino digeridos, por los oscuros hijos del pueblo; que se interesen por que visite todos los rincones del país; porque en cada proletario tenga un lector; porque llegue a las manos de todos los oprimidos y sea para ellos algo así como un rayito de sol para el que tiene frío. También me parece que es conveniente no elevar

mucho el tono al principio, sino ir con pausa, con mucho tacto, insinuándose en el ánimo de las masas, dándoles, en dosis homeopáticas, la medicina de las ideas redentoras, para que la conciencia proletaria se robustezca por un proceso de saturación, lento pero constante, hasta llegar a obtener su completa emancipación.

No olviden tampoco, que la constancia es factor decisivo en todas las empresas humanas; sin ella Colón no hubiera descubierto la América ni Bolívar la habría emancipado; iniciado ya por ustedes este hermoso proyecto, están en el deber de armarse de valor y de abnegación para ir apartando del camino todos los obstáculos que se opongan a su realización; por eso quiero terminar esta carta con la hermosa frase inglesa. "Be sure that you are right a ad go a head."

Con un caluroso aplauso y los votos que hago por el éxito de la empresa, les ofrezco el pobre óbolo de mi cooperación y me suscribo de ustedes atento s. servidor,

GERARDO MATAMOROS

NOTA DE LA DIRECCIÓN: Agradecemos a don Gerardo Matamoros los benévolos conceptos de su carta. Aceptamos gustosos sus consejos, los cuales, hasta donde nos sea posible, serán llevados a la práctica. Le tomamos la palabra en cuanto nos ofrece cooperación, y esperamos tener en adelante el gusto de ver honradas nuestras páginas con producciones de su magnífica pluma.

CARTA QUE NOS DIRIGE UN DESTACADO ELEMENTO OBRERO

Señores Mora V. y Coto Conde.

Estimados camaradas:

Con mucho entusiasmo recibo el periodiquito que tan acertadamente ustedes dirigen, pequeño en su tamaño pero grande en sus ideas. Deseo sugerir a ustedes la siguiente idea para ese escenario: Estar constantemente con látigo de fuego, contra esa burguesía encanallada, para ver si busca el camino de la razón. Y dar el mejor látigo para la mayoría de los trabajadores, para que tomen el camino del derecho y se despojen del servilismo que les agobia.

De ustedes fraternalmente, por la revolución social,

C. MARÍN OBANDO

DE "LA CONQUISTA DEL PAN"

Ciencia e industria, saber y aplicación, descubrimiento y realización práctica que conduce a nuevas invenciones, trabajo cerebral y trabajo manual, idea y labor de los brazos; todo se enlaza. Cada descubrimiento, cada progreso, cada aumento de la riqueza de la humanidad, tiene su origen en el conjunto del trabajo manual y cerebral, pasado y presente.

Entonces, ¿con qué derecho puede nadie apropiarse la menor partícula de ese inmenso todo y decir: "esto es mío y no vuestro"?

P. KROPOTKINE

¡Despierta pueblo!

¿Qué significa la libertad de un pueblo que se encuentra cohibido para usarla? ¿Dónde se encuentra la soberanía de un pueblo de timoratos que no quieren salir de su suelo abyecto de esclavos?

¡Ya es hora de que despiertes, pueblo!

Ya ha llegado el momento en que debes hacer uso de las libertades a que tienes derecho. De esas libertades conquistadas en gloriosa lid por nuestros antepasados. De esas libertades cuyos principios fueron escritos en el suelo esmeralda de nuestra patria,

con las bayonetas de nuestros antepasados, mojadadas en la sangre de los opresores. No digas a cada momento que eres soberano. No hagas alarde de esa soberanía. Sé soberano y obra como conviene a un pueblo de trabajadores pero no de esclavos.

Rompe ya de una vez las cadenas con las cuales te tiene atado el capital. No admitas imperialismos, y menos el del dinero.

¡Despierta pueblo! Sacude esa modorra.

Fuera esa desidia y prepárate, ya que debes ser libre y soberano, para obtener la felicidad común.

gan su ejemplo. Por eso la pintan de otra manera. Y pueden hacerlo, porque en manos de ellos está la prensa y el poder.

Pero ¡ay! No saben que contra las leyes que rigen a los pueblos, es imposible luchar.

EL PRESO

Y envolviéndome en una mirada tristísima, contestó a mi pregunta en los siguientes términos:

"Mi vida ha sido la vida de un hijo del pueblo; mi falta, ha sido también la falta de un hijo del pueblo; ha sido el delito de un desheredado; de un hombre olvidado por la sociedad; de un ser que, siempre tuvo deberes y nunca conoció derechos.

¿Mis antepasados? Gente endurecida por el trabajo; un trabajo duro e ingrato que les permitió, vivir de generación en generación una vida de miserables esclavos. Yo nací en el trabajo rudo y para, el trabajo rudo; fui un número más sumado a la masa proletaria.

¿Educación? No la tuve; nunca una voz de aliento acarició mis oídos. Entre blasfemias y malos tratos aprendí a trabajar.

A veces, cuando cansado y sudoroso me apoyaba sobre el yunque, preguntábame sin podérmelo explicar, el por qué solamente una parte de los hombres trabaja. ¿No sería más justo que todos trabajáramos? Creo que el trabajo equitativamente repartido disminuiría y llegaría el día en que solamente cinco horas o menos aún trabajaríamos, pudiendo invertir las otras en el estudio. Cada uno tendría su casa y su pan asegurados y viviríamos una vida relativamente feliz. No se verían los cuadros dolorosos de miseria, existentes, y disminuirían las rencillas, los robos y los crímenes entre los hombres.

Pero desgraciadamente nuestra organización social no se ocupa de combatir la miseria.

La miseria es culpable de mi caída. He de decirle que nosotros tomamos licor para olvidar un poco nuestros dolores; el licor embruteciéndonos nos hace insensibles por un rato a nuestros sufrimientos.

Pasa a la página tres

¡RUSIA!

¿Habéis oído hablar alguna vez de Rusia? De seguro que sí; y al oír nombrarla os debéis de sentir horrorizados. En efecto: ¿No es acaso Rusia un país inmenso por cuyo suelo han corrido ríos caudalosos de sangre? ¿No es acaso un semillero de bandidos donde la vida humana no se respeta? ¿No es acaso un territorio colosal donde los hombres se retuercen pálidos y hambrientos?

Sí. Eso debéis pensar, porque eso se os ha hecho creer. La Prensa, y los libros que circulan por todas partes, no otra cosa dicen de aquel gran país. Pero oíd: **TODO ESO ES FALSO.** La Rusia es un próspero país. Hace un poco más de diez años, estaba gobernada por una casta de tiranos que con una corona en la cabeza y un látigo en las manos, venía desde hacía siglos, pisoteándola y cubriéndola de humillación. ¡Ese fue el régimen funesto y maldito de los zares! Y alrededor de esa casta, había un sinnúmero de familias llamadas nobles, las cuales eran dueñas de las tierras, y explotaban despiadadamente a los millones de labriegos y obreros que irremediablemente tenían que vivir en sus garras.

Pero un día, el pueblo se cansó de tanto oprobio; y levantándose violento, hizo correr mucha sangre, es cier-

to, sangre vengadora, pero conquistó su libertad; y consiguió el avance más grande que haya conseguido pueblo alguno sobre la tierra, transformando completamente su vieja y pésima organización social.

¡Hoy no hay señores en Rusia! ¡Hoy no hay parásitos allí! Hoy en Rusia, todo el mundo trabaja, todo el mundo produce, y todo el mundo tiene lo necesario para vivir feliz: alimentos, vestidos, medicinas, diversiones e instrucción.

¡Aquella grandiosa revolución, dejó a la vista de los pueblos, tremolando el pabellón del trabajo sobre un monumento de libertad!

La Rusia se orienta, después de la consiguiente confusión, hacia un porvenir de grandeza. Todo se mueve, todo se agita, todo se estremece allí. Atruenan el aire las maquinarias; los trenes humeantes penetran por todas partes y en los grandes campos cultivados, las plantas se cubren de flores de frutos. Por todas partes se abren caminos, se canalizan ríos, se levantan fábricas y se trabaja alegremente.

Esa es a grandes rasgos la verdadera Rusia.

A los grandes señores, a los poderosos, no les conviene pintarla así, porque no quieren que los demás si-

Fue un momento fatal de embriaguez, en el cual cometí mi crimen. Alguien me dijo que mi novia me traicionaba; yo la amaba con toda mi alma ¡figúrese usted la impresión que tal noticia me hizo! Como un loco me dispuse a sepultar ese amor en un mar de aguardiente y me trasladé a la cantina en la cual estuve tomando largo rato. ¿Cuánto tiempo estuve allí? no lo sé. Sólo recuerdo que la vi pasar a ella acompañada por un hombre, y al verla no me fue posible dominarme y ciego de cólera y celos, sepulté mi puñal varias veces en su pecho.

Convicto y confeso fui condenado a prisión, y hace ya diez años que soporito con resignación mi condena, pues considero que sin ser inocente, tampoco soy tan culpable como se me cree.

Si los hombres se preocupasen por vida de sus semejantes, es probable que la criminalidad disminuiría.

Quizá no esté lejano el día en que los hombres, apiadados de sus semejantes, se unan decididos a extirpar la miseria de las sociedades.

¡Unámonos!

¡Democracia, Democracia, palabra hueca y sin sentido con la cual procuran los gobernantes cubrir la miseria del pueblo, cuya libertad y soberanía son irrisorias!

Democracia, velo demasiado pequeño que no oculta a los ojos de los ojos de los hombres conscientes, la faz demacrada y llorosa de un pueblo que vive una vida de abyección, originada por la miseria.

Democracia, mordaza con la que se procura ahogar los lamentos de la masa, de esa masa sepultada por la sociedad en el lodazal de los vicios.

"Libre y soberano es el pueblo", dicen ciertas constituciones.

¿Dónde están esa libertad y esa soberanía? ¿Dónde se encuentran? ¿Existe en la práctica el bello principio que emana de esa frase, o es ella un conjunto de palabras con el cual se trata de adormecer y engañar a las gentes? Desgraciadamente, lo que es para uno un principio práctico, para otros es idealismo. Y ese principio es cierto para las clases pudientes, las cuales gozan de libertad y de soberanía gracias al oro de sus arcas. Con ese oro pisotean las leyes, con ese oro imponen que las cárceles cierren tras ellos sus puertas y ese oro les permite hasta dictar leyes que el pueblo tiene que acatar amedrentado. Esta parte del pueblo sí es libre; esta fracción de la masa sí es soberana.

¿Y la otra, será libre también? NO; no es libre para desgracia suya y para dicha de sus amos. No es libre porque no quiere serlo; porque sus componentes viven en guerra fratricida; porque los seres que la integran, se niegan a darse el abrazo fraternal del trabajador.

Sólo será libre y soberana, cuando todos los desheredados de la fortuna se unan en un estrecho y fraternal abrazo y entonen confundidas sus almas un himno al trabajo.

¡Obreros, empleados públicos, profesionales y todos vosotros, hombres de sano criterio e ideas puras, uníos, uníos para luchar por la felicidad del pueblo!

¡Uníos, no para conseguir que los felices ocupen el lugar de los infelices, sino para que éstos vayan a colocarse al lado de aquéllos! ¡No se trata de nivelar la miseria, sino la felicidad!

¡Hombres de corazón, uníos y luchad por la más santa de las causas: la felicidad del prójimo!

Los grandes ladrones

Va un hombre por la calle desgreñado y mal vestido. Es un jornalero que va en busca de trabajo. Llama a muchas puertas, pero no consigue lo que desea. Sale entonces de la ciudad, y toma un camino cualquiera. A las orillas de éste hay grandes extensiones de tierra, sin cultivo alguno. Como él, andan muchos sin trabajo también. ¿Y en aquellas tierras no podrían todos trabajar? No. Todo aquello pertenece a señores, que tienen de sobra lo que necesitan y que por consiguiente, no tienen ningún interés en ponerlas a producir ¡Oh pésima organización social! ¡Cuántas fuerzas que podrían ser transformadas en granos, en abundancia, se pierden! En tanto... el pueblo tiene hambre.

El peón de nuestro cuento logra que un señor obeso, muy rico, muy avaro y muy holgazán, le dé trabajo con un sueldo de €2.50 diarios. Acepta, aunque tiene una esposa y cinco hijos que mantener. Peor sería no ganar nada.

Una mañana, comienza a trabajar solo en un terreno que el señor obeso tenía allí abandonado. Son aproximadamente cuatro manzanas.

En una semana, queda todo sembrado de frijoles y él también queda... de nuevo sin trabajo.

¿Cuánto ha ganado? €18.00 aproximadamente. De eso, pagó cinco colones de alquiler de casa (veinte mensuales) y el resto no le alcanzó ni para los frijoles, solo los frijoles, que su familia consumió en la semana. Le quedan algunas deudas. El hogar sigue lleno de tinieblas.

En tanto, las lluvias empapan el suelo, haciendo reventar las simientes y reverdecir todas las cosas.

El señor obeso, está contento. Los frijoles se han dado muy bien. Tendrá, una magnífica cosecha.

Vino la recolección. Obtuvo 8 fanegas del rico alimento del pueblo, que fueron a llenar sus bodegas y sirvieron para colorear su rostro de alegría.

Esperó la escasez y luego los sacó al mercado. Le produjeron mil y pico de colones, habiendo deducido antes, los del gasto de su familia.

¿Y sabéis una cosa? El infeliz peón que había sembrado los frijoles, tuvo necesidad de comprarlos, y por una partícula de ellos dio más de los €18.00 que por sembrarlos le habían pagado ¡Oh, el señor obeso! ¡Qué contento debe estar!

Decidme: en justicia ¿de quién eran los frijoles? ¿Verdad que del pobre peón? El obeso los cogió porque de él era el terreno. Pero ¿con qué derecho poseía aquel hombre un terreno que no podía cultivar? ¿La tierra no es de todos? ¿Todos no somos acaso hijos de la misma Naturaleza? Aquel señor obeso ¿no es en el fondo un ladrón amparado por las leyes? ¿Os parece buena nuestra organización social?

Imaginaos que aquel jornalero, impulsado por el hambre, hurtara a aquel patrón dichoso unos cuartillos de frijoles ¿Sabéis qué diría el patrón al comparecer ante los tribunales? Diría lo siguiente: "Este es un pueblo canalla. Le protege uno dándole trabajo, y luego viene el malagradecido a pagar robando lo que es muy de uno."

Cambiará la humanidad

Proyectando la mirada por entre las multitudes y variadísimas causas que contribuyen más o menos a cimentar en forma definitiva la tranquilidad, felicidad y paz de las naciones, considerando el vasto panorama de muy complejas cuestiones, se presenta en primera línea, como punto culminante a analizar y a resolver, la estabilidad absoluta, según unos, el movimiento ascendente y evolutivo, según otros, de todas las posibles actividades de la conducta humana, tendientes a este fin. Estabilidad, según los primeros, inmovible y fundamental, indispensable para hacer posible la vida y relaciones entre los hombres, entre los pueblos y entre naciones, aceptando en su indolente escepticismo, abulia mental o acaso culpable y criminal convencionalismo, la negación de un cambio, de un hecho cualquiera, que pudiera variar en algo, la ya carcomida base en que se sostiene el viejo edificio de esta anticuada, irracional, artificiosa e injusta organización social.

No avanza, se nos dice, las cosas no pueden cambiar, se nos repite, dejemos las cosas tal y cual son y como habrán de estar, y la sentencia cunde de boca en boca, sin que por dicha, la sentencia suba un milímetro de los labios; el mundo así habrá de ser y que haya paz. Y para colmo de contundencias, se nos diserta, filosofando así: El desequilibrio entre los hombres, en cuanto a felicidad, goce, comodidad de que hayan de disfrutar, no son sino un efecto que se deriva de causas inmovibles, tan naturales e irreformables, como irreformables y naturales han sido y habrán de ser la inteligencia, disposición y potencialidad individuales. Nadie—arguyen— a despecho de todos los prodigios más o menos utopistas que se prediquen y que viven su modorra en cabezas más o menos soñadoras, enfermas o quijotescas, nadie, podrá obtener, que en una sola línea se omitan o dejen de cumplir las leyes cuya promulgación no ha sido ni será jamás incumbencia de la humanidad. Nadie, agregan, podrá tornar al demente en talentoso, al torpe en hábil, en vidente al ciego, y en robusto pensador al idiota de nacimiento y, siendo esto así, y en consecuencia, en la lucha

por la existencia, los más capaces, inteligentes y mejor dotados, vencerán a los carentes de los mil y un medios que Naturaleza brindara a los primeros; dotes, y medios, cuya otorga, deroga o reforma, no está en manos de nosotros transformar. He allí, pues, a la responsable de este inmenso desequilibrio, que no es sino efecto de una causa natural. Y terminan en tono pontifical: Los medios que el planeta brinda a sus habitantes, a despecho de quienes quiera, habrán siempre de estar en manos de los dotados, serán estos los dueños, los señores, los que, aunque siempre serán los menos, serán los árbitros de los destinos, medios de vida e intereses de los pueblos, pueblos que, en su carencia de alcances para saberse gobernar y administrar, no podrán, no sabrán, ni se les permitirá más que obedecer.

En otras palabras, como un sarcasmo escupido a la faz de la majestad de los pueblos (*cuya voz, se dice, es la voz de Dios*), se nos afirma y como dogma incontestable, que hay hombres que nacieron para la carga, y hombres que nacieron para disponer de ella; unos para mulas, otros para cabalgarlas; unos, para malvivir, produciendo y otros para dilapidar consumiendo. En resumen: Que sin las norias, sin grilletes ni cadenas, será imposible evitar que la desigualdad impulse a los pueblos tras sus jefes y sabios conductores, arrastrando el carro fúnebre de sus miserias, desengaños y amarguras y el fardo de cruentos sacrificios a que tendrán que estar sujetos, sin que se pueda evitar, que a base de sudor y sangre sea conquistado el derecho que reclaman de vivir... La desigualdad es una ley, exclaman convictos, en su egoísmo o en su candor, ley natural, tan natural e indefectible como la gravitación universal y, en su relación, no hay más, no hay más camino que inclinarse en señal de reverencia y sumisión ante el dictado de sus designios, designios que son arcanos indescifrables aún para las mentes más felices de la humanidad.

El hombre no puede penetrar explicar y resolver los fines altísimos del Plan Universal. Y punto final a conformarse, pues, tal nos dice el maestro

economista en su sapiencia y el burgués en su indolencia, conveniencia y superfluidad. Columnas estas del sistema de organización de la actualidad, las que estimamos, y con nosotros toda una escuela y todo un partido ya muy extensos, cuyas doctrinas y finalidades ya se definen con tendencia abrumadora por los cinco continentes de la futura patria mundial. Columnas estas, repito, de regresiva labor, de ingratisima memoria, estigma, rémora y martirio de la humanidad.

A desmentir esta falsía, a demostrar lo contrario sostenido y a todo evento proclamado —en lucha ya de mal augurio para el Estado, el Dogma y el Capital— a proclamar su error y a poner de manifiesto cuadros distintos y quizá más halagadores, con toda mesura y serenidad y en la forma muy sencilla, nos habremos de atrever en los números siguientes, valiéndonos, en nuestro apoyo, de la Historia y la Ciencia, únicas fuentes en que decía el Gran Corso, se recoge a cántaros el agua clara de la verdad. Y será así, que como nosotros, muchos otros costarricenses, poco a poco irán dándose cuenta y conciencia del alcance absoluto irrestricto que todo hombre tiene de vivir, de ser feliz y de ser dueño de su destino y su libertad.

GONTRÁN NARANJO RZ.

Atención

Véanse libros, revistas y periódicos que se ocupen de cuestiones sociales; aplique, quien pueda hacerlo, el oído a la realidad, y por doquiera percibirá claramente el bronco rumor que avanza; el ruido cada vez menos subterráneo, cada vez más distinto, de la colosal multitud obrera, que ya no es una masa amorfa y ciega; que va siendo un ejército organizado, con sus cuadros de oficiales, con su táctica y su estrategia con su administración previsora y formidable, con sus soldados diestros para el ataque y capacitados para el dominio que pretenden.

RAFAEL CALLEJA.

DIÁLOGO

CURIOSO: ¿Por qué has sido condenado?
PRESO: Por un robo.
CURIOSO: ¿Y fue mucho lo que robaste?
PRESO: No tanto, porque en ese caso habría resultado inocente.

Imp. y Librería Torno. —San José, C.R.